

## EL ANTICRISTO

(Nota bibliográfica retrospectiva)

Escribe: CARLOS RESTREPO CANAL

Hay en nuestra Biblioteca Nacional un curioso libro, escrito hace más de cien años en Francia por M. G. Rougeron, canónigo honorario de Clermont. El libro lleva por título *El Anticristo*, y, traducido a nuestro idioma por el doctor don Manuel Carbonero y Sol y Merás, Camarero Secreto de Capa y Espada de Su Santidad y Abogado de los Ilustres Colegios de Madrid y de Sevilla, fue impreso en Madrid, con licencia de la autoridad eclesiástica en 1872, en la Imprenta de la "Esperanza", a cargo de Estrada, Calle del Pez, número 6, principal.

El autor de esta obra se propuso, por medio de un detenido y prolijo análisis de las profecías que contienen las Sagradas Escrituras, indicar cuáles han de ser las señales que precederán al fin del mundo; cuándo ha de aparecer el Anticristo, que ha de presentarse al fin de los tiempos, y qué características ha de tener ese monstruoso personaje, en quien se ha de reflejar toda la perfidia de una potencia diabólica.

Muchas y diversas épocas de la vida del mundo han presentado corrientes ideológicas que encierran terribles negaciones de la verdad y de la moral, guerras y catástrofes, luchas del bien y del mal, de la verdad y del error, que son, según el libro comentado, como anuncios, símbolos o precedentes del fin a través de las edades.

Al final de los siglos dice el libro, se han de enfrentar dos grandes potencias, una que pertenecerá a la civilización occidental, y otra que será la negación de ella en todo sentido. Esta segunda potencia estará gobernada por un tirano de origen anticristiano; y cuando este tirano y su imperio lleguen a triunfar, según el autor deduce de las profecías, "patearán" al mundo entero por tres años y medio, bajo las pezuñas de la bestia apocalíptica. Entonces será el fin de los tiempos.

Para esa época volverán al mundo los profetas Elías y Enoch a predicar la doctrina, la fe y la segunda venida de Cristo, y serán sacrificados en la plaza principal de la ciudad capital de aquel imperio, reino del materialismo, baluarte de la más tremenda herejía y de la más absoluta apostasía de todos los siglos.

Estará aquella ciudad, donde los dos profetas han de recibir el martirio, al pie de un encumbrado monte. En este imperio de la apostasía, diabólico imperio en realidad, por medio del Anticristo reinará Satanás. El cruel y feroz tirano, a pesar de renegar de Dios, aspirará a ser un dios, a tener atributos divinos, y para probarlo al pueblo intentará ascender a los cielos como Cristo, desde la cumbre del monte, a cuyo pie, según el libro aludido, se extenderá esa ciudad, representada en las Sagradas Letras de la Gran Bestia.

La ascensión a los cielos del tirano del mundo será el momento de la catástrofe universal, cuando aquel monstruo humano, el Anticristo, se precipite desde lo alto del espacio sobre el pavimento de la gran plaza donde hayan derramado su sangre, como postreros mártires de la fe, aquellos dos profetas Elías y Enoch, que hoy esperan el fin del mundo para volver a la tierra, de donde el primero fue arrebatado a los cielos en un carro de fuego. Enoch, presentado como ejemplo de penitencia para las naciones, llevado también por Dios al paraíso y destinado también para anunciar el juicio final, vendrá, juntamente con Elías para comunicar la segunda venida del Hijo de Dios.

No es esta nota bibliográfica, como lo son las que solemos leer en las noticias que comentan los libros que se dan a la estampa cada día, sino que refiere a los lectores lo que ha más de un siglo salió de las prensas de Francia y de España, pero que cobra actualidad inmensamente sugestiva en los tiempos modernos, cuando el mundo contempla uno de esos anuncios y figuras del fin de los siglos, tan distante de otras anteriores y tan semejante a la final de que trata el libro del Canónigo Rougeron, que parece mostrar un símbolo, un antecedente, una figura más acentuada de esa terrible catástrofe postrera que el aludido autor desentraña de las profesías sagradas, una de las cuales, la restauración de la nacionalidad israelita, se ha efectuado en nuestros días.

Trae además todo esto a la memoria aquella parte final de la **Historia de Cristo**, de Papini, la **Súplica a Cristo**, grito de angustia de la edad presente, que concluye con estas palabras: "Nunca como hoy tu mensaje ha sido tan necesario y nunca como hoy ha sido él tan olvidado y despreciado. El reinado de Satanás ha llegado a completa madurez y la salvación que todos buscan, a tientas, solo pueden encontrarse en tu reino.

"La grande experiencia ha llegado a su fin. Los hombres, apartados del Evangelio, han encontrado la desolación y la muerte. Más de una promesa y más de una con migración se han cumplido. Ya no nos queda a nosotros, desheredados, sino la esperanza de tu vuelta. Si no vienes a despertar a los dormidos, acurrucados en el cieno pestilente de nuestro infierno, es señal evidente de que el castigo te parece hartamente breve y ligero para lo que merece nuestra traición y no quieres cambiar el orden de tus leyes. Hágase, Señor, tu voluntad ahora y siempre, en el cielo y en la tierra!"

Agrega el libro que todo aquel poder del imperio satánico recibirá auxilio voluntario o tácito e indirecto de los incrédulos e impíos; que se presentará la apostasía final de algunos a la vez que se efectuará la con-

versión de los judíos; los propietarios se verán reducidos a la calidad de arrendatarios bajo el poder del Anticristo, que además destruirá en sus dominios la religión y la familia. Los hombres se tornarán pérfidos, materializados y lúbricos. Este desencadenamiento de Satán, dice el autor de la obra, acaecerá en un tiempo que solo y exclusivamente Dios conoce; pero dicho autor, en vista de sus deducciones se inclina a creer, como cálculo aproximado, que puede sobrevenir todo lo anunciado en el siglo XX, entre los años 1900 y 1950.

En realidad entran por mucho en el aludido comentario de las sagradas profecías la imaginación del autor de la obra y aquel deseo, siempre vivo, de conocer lo que reserva el futuro; pero aun así, la coincidencia de lo deducido con lo que hoy acaece, acaso como uno de esos anuncios del término que solo Dios conoce, resulta interesante y sugestivo.

---